



REGIÓN

Elecciones sudamericanas 2014-2015

Por **Mariano Fraschini** y **Nicolás Tereschuk**

Los politólogos argentinos analizan las cuatro elecciones presidenciales que tuvieron lugar en la región –Colombia, Brasil, Bolivia y Uruguay– durante 2014, en las cuales los oficialismos se alzaron con la victoria electoral, aunque con una sensible merma en el caudal de votos, e identifican una serie de elementos comunes, con sus consiguientes desafíos para gobiernos y oposiciones.

2014 fue un año electoral en Sudamérica. Cuatro elecciones presidenciales ratificaron una cartografía electoral favorable a los oficialismos. En mayo, Juan Manuel Santos venció, en un balotaje reñido y luego de perder en primera vuelta, a Óscar Zuluaga en Colombia. En octubre, Dilma Rousseff derrotó al candidato derechista Aécio Neves por un escaso 4% en una segunda vuelta que lució disputada desde sus inicios, mientras que en el mismo mes, Evo Morales arrasó a la oposición boliviana con un 60% de los sufragios. A su vez, Tabaré Vázquez logró primar cómodamente en el balotaje uruguayo frente a Luis Lacalle Pou. Este es el contexto electoral que moldea a los dos comicios que se van a realizar este año en la región: las presidenciales de octubre en nuestro país y las parlamentarias de diciembre en Venezuela.

En este artículo nos interesa puntualizar una serie de elementos comunes que se desprenden del análisis de las elecciones del año anterior en Sudamérica. Ellos son cuatro: 1) la novedosa sustentabilidad electoral de los oficialismos gobernantes en la región en el siglo XXI; 2) a pesar de esa fortaleza, se observa en las elecciones del año anterior una sensible pérdida de votos de la totalidad de los gobiernos sudamericanos; 3) la presencia de una nueva oposición política de características distintas a las anteriores que comienza a adquirir un discurso que reivindica políticas estatales llevadas adelante por estas administraciones; y 4) la indiscutible

relevancia que adquieren los liderazgos en la dinámica política sudamericana del siglo XXI.

Vamos por orden.

1) La evidencia muestra que los elencos gobernantes lograron reavivir su poder político. Juan Manuel Santos logró derrotar en segunda vuelta a Zuluaga luego de que este venciera en el primer turno electoral. El actual mandatario colombiano, quien había sido ministro de Defensa de su antecesor, Álvaro Uribe, logró primar en una elección que se presentaba reñida y que tuvo como eje el proceso de paz entre su gobierno y la guerrilla de las FARC, el cual se viene desarrollando en La Habana. El partido de la U, luego de la victoria de Santos, se encamina a cumplir 16 años de mandato en forma consecutiva, elemento que debe señalarse en un país con una importante tradición bipartidista y pactista.

La victoria electoral de Dilma Rousseff en la elección más importante de 2014 también contó con el suspenso que se da en las votaciones reñidas y parejas. A pesar de ganar el primer turno electoral por ocho puntos de ventaja (41% a 33%), en la segunda vuelta la ventaja disminuyó a 3,4%. La irrupción de la candidata que ocupó el tercer lugar, Marina Silva, más la furiosa campaña mediática contra la presidenta no alcanzaron para quebrar el predominio electoral del PT que se encamina hacia los dieciséis años de gobierno.

Las elecciones en Bolivia se presentaban como las de mayor certeza. El liderazgo presidencial de Evo Morales logró consolidarse en todo el país. Los comicios de octubre mostraron que el presidente indígena tuvo un voto homogéneo, triunfando en ocho de los nueve departamentos del país, inclusive en la antievista Santa Cruz. Este dato contrasta con las elecciones anteriores, ya que Morales perdía en los cuatro departamentos que constituyen la “medialuna” (Beni, Tarija, Pando y Santa Cruz). La consolidación en todo el territorio del gobierno del MAS asegura una notable hegemonía en un país caracterizado por la inestabilidad política y social de comienzo de siglo.

Por último, el triunfo de Tabaré Vázquez en Uruguay consolida al Frente Amplio como una coalición de partidos exitosa que va hacia los 15 años consecutivos de gobierno en un país que dejó atrás la alternancia entre los tradicionales partidos Blanco y Colorado. Como en elecciones anteriores, el triunfo frenteamplista en primera vuelta estuvo cerca del 50%, lo que aseguró una segunda vuelta poco competitiva. El retorno de Vázquez al



gobierno muestra la alta popularidad que mantuvo el liderazgo del ex presidente como así también el escaso desgaste del FA en la gestión de gobierno.

Sin lugar a dudas, los gobiernos del siglo XXI se caracterizan por formar parte del periodo más extenso de un proceso político de características reformistas, progresistas, populistas o nacionales y populares en democracia en la región. La ampliación de derechos civiles, económicos, políticos y sociales, la notable reducción de la pobreza, de la indigencia y del desempleo; la conformación de una nueva clase media regional, la recuperación de la política como un activo transformador y las mejoras tangibles para un vasto porcentaje de ciudadanos explican a grandes rasgos la sostenibilidad popular de estos gobiernos. Este nuevo fenómeno en la región evidencia la potencialidad que contienen estos nuevos movimientos políticos, surgidos de los escombros de un neoliberalismo que devastó Sudamérica durante la década del 90, como así también del apoyo popular que alcanzaron y que mantienen a pesar de las peripecias económicas y del evidente desgaste de la gestión de gobierno. Este es un elemento insoslayable que se debe resaltar a

La evidencia empírica muestra una sensible disminución del voto de estos gobiernos.

Las recientes elecciones ilustran lo señalado al comparar los guarismos electorales entre elecciones.

la hora de comprender la realidad sudamericana, la pervivencia de estos gobiernos y el apoyo que concitan alrededor de programas económicos que abandonaron las políticas excluyentes del neoliberalismo.

2) Sin embargo, la evidencia empírica muestra una sensible disminución del voto de estos gobiernos. Las recientes elecciones ilustran lo señalado al comparar los guarismos electorales entre elecciones. Por un lado, se verifica en el 51,5% de Dilma Rousseff, luego de los más de 60% de Lula en 2002 y 2006 y del 56% de

la misma presidenta brasileña cuatro años atrás. También se vio incluso en el impresionante 60% de Evo Morales tras el 64% de 2009 y –desde otro enfoque y prisma ideológico– en el retroceso de Santos del 64% de 2010 al 52,5% actual. Se trata de la muestra fehaciente de este retroceso luego de una década de preeminencias casi absolutas. El Frente Amplio uruguayo escapó a esta merma, poniendo sobre la mesa a Tabaré, una de sus figuras fundacionales, de cara a una derecha local que no acierta con las propuestas. El desgaste luego de décadas en el gobierno puede explicarse desde varios puntos de vista: por un lado, existe una escasez



de estrategias para dar respuesta a las nuevas demandas de una sociedad que “va por más”, que acepta como un piso lo logrado en estas décadas y anhela continuar mejorando su posición social. Este aspecto se vuelve urgente por una potenciación de las expectativas. En el reciente Foro por la Emancipación y la Igualdad realizado en la ciudad de Buenos Aires, René Ramírez, secretario de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación de Ecuador, relató que en la década pasada el ingreso promedio era de 520 dólares y que, de acuerdo a encuestas, la aspiración de la población era aumentar esa disponibilidad a 540 dólares. Ahora, el ingreso promedio está en 759 dólares y aún así el “ingreso subjetivo”, lo que los ecuatorianos aspiran a ganar, supera los mil dólares, situación que se reitera en otros puntos de la región y que genera conflictos de distinto tipo. Por otro lado, se evidencia las dificultades que implica prolongar la gestión pública cotidiana con ofertas novedosas que impliquen un salto de calidad en la administración de gobierno. Por último, se verifica la presencia de una oposición que va mejorando su oferta electoral cabalgando con las deudas pendientes de esta década y que se muestra menos confrontativa con la obra de estos gobiernos, tratando de “ocultar” algunos de sus rasgos históricos oligárquicos y conservadores.

3) El tercer elemento que debe destacarse es la conformación de una nueva oposición política que enarbola un discurso que en otros artículos hemos descripto como parte de un fenómeno al que nos gusta llamar “dilema de la caprilización” y que logra dinamizar la competitividad electoral de esos sectores. Centralmente, desde hace algunos años a esta parte, puede verse que las oposiciones buscan evitar impugnar en totalidad la obra de los gobiernos sudamericanos, rescatando los elementos “positivos” de los modelos en curso. El concepto surge de que fue precisamente el venezolano Henrique Capriles quien lo puso en práctica a partir de presentar su propuesta electoral como “una solución, más que una oposición”, a la par que se comprometió a mantener las conquistas del chavismo en el área social de resultar vencedor. A pesar de la derrota por un escaso margen, esta estrategia fue replicada en otras latitudes por las nuevas oposiciones sudamericanas. Este discurso, extendido a las realidades de los países de la región, enfatiza el aspecto que va “por la positiva” (eslogan del uruguayo Luis Lacalle Pou), que se muestra como superador de los conflictos y que promete mantener “lo bueno” de los modelos de inclusión y rectificar lo “malo” de los mismos



(como indicó la retórica inicial de Sergio Massa en Argentina). Este discurso, sin embargo, genera un “dilema” para esas oposiciones que también reciben fuertes presiones “por derecha” para mantenerse “duros” y “firmes” en el rechazo “total” a los “populismos latinoamericanos”. En ese contexto, y pese a los esfuerzos realizados, los oficialismos lograron imponerse, como dijimos, con porcentajes menores a los originales y luego de una disputa reñida y con posibilidades de derrota.

4) El último elemento que es necesario señalar y que es una de las variables que permite entender el éxito de estos gobiernos es la centralidad del liderazgo presidencial. En todas las elecciones descritas y en la mayoría de los países sudamericanos, la presencia de liderazgos presidenciales que concentran el poder político y hacen una efectiva utilización de los recursos de poder disponibles permiten comprender en toda su magnitud la perdurabilidad de estos procesos políticos transformadores. ¿Se podría comprender las transformaciones económicas, políticas y sociales en Venezuela sin tomar en cuenta el rol que jugó Hugo Chávez? ¿Es posible entender el proceso boliviano y la inédita ampliación de derechos pasando por alto el papel que desempeñó Evo Morales en su implementación? ¿Es pensable el nuevo Ecuador sin el indiscutible liderazgo de Rafael Correa? ¿Hubiese sido posible la ampliación de derechos acaecida en Argentina evitando mencionar la voluntad política de Néstor y Cristina Kirchner en el transcurso de sus mandatos? La mecánica puesta en marcha por estos liderazgos, que cobran tal centralidad, ha comenzado a ser más estudiada por las ciencias sociales recientemente. Y en no pocas ocasiones, la mirada que prima es de prejuicio y de impugnación, antes que la profundización de la descripción y el conocimiento acerca de cómo logran algunos de los objetivos que logran: estabilidad política, políticas públicas que perduran en el tiempo y llegan a convertirse en políticas de Estado, así como la conformación de mayorías electorales relativamente sólidas.

El contexto de revalidaciones electorales del año pasado da lugar ahora a un nuevo contexto problemático para los gobiernos de la región. Esto puede verificarse tanto en los desafíos a la estabilidad que afectan al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela como en las denuncias de corrupción que sacuden, por ejemplo, a los gobiernos de Dilma Rousseff y de Michelle Bachelet. En el mismo contexto debería ubicarse el verdadero cimbronazo político que durante los meses de enero y febrero significó la muerte del fiscal Alberto Nisman en la Argentina, con importantes



repercusiones (negativas) expresadas en la mirada que sobre el tema tuvieron los grandes medios de prensa internacionales.

En el segundo semestre de este año, Venezuela elegirá 165 diputados para la Asamblea Nacional unicameral, es decir, se renueva la totalidad de las bancas. La oposición se encuentra dividida entre un sector electoralista, en el que se destaca el liderazgo de los gobernadores de Miranda, Henrique Capriles, y de Lara, Henri Falcón, mientras que un importante sector del antichavismo ha dejado de lado el juego electoral para tomar el camino de la ilegalidad. Esto conjura contra las posibilidades de la oposición de modificar la composición parlamentaria y constituye un aliciente para el oficialismo, que aseguró, en palabras de Maduro, la “efectiva realización del proceso electoral”. Sin embargo, algunos analistas ponen en duda la concreción de la elección y advierten sobre una avanzada estadounidense sobre Venezuela que permita la intervención indirecta sobre el proceso político del país caribeño.

En Argentina, en ese contexto, el oficialista Frente para la Victoria conserva gran centralidad pero se enfrenta a un enorme desafío al no contar con el apellido Kirchner en la boleta presidencial, a diferencia de lo ocurrido en los tres comicios nacionales anteriores. La oposición de centro-derecha tiene como dilema, más que el formato de alianzas que llevará a la elección, la forma de calibrar un discurso y una propuesta. Como señalamos, el “dilema de la caprilización” implica presiones contrapuestas: una que aconseja incorporar, al menos desde lo discursivo, los “logros” de la administración actual, y otra que llama a impugnar por completo el “populismo” imperante. A su vez, el oficialismo enfrenta el desafío de “reinventarse” y conectar con nuevas expectativas, sueños y demandas de la población, pero siendo fiel al lugar que viene ocupando en el sistema político: hacerse fuerte en torno a las necesidades de los sectores más postergados, los asalariados, los sectores que requieren de mayor presencia del Estado para dar garantía a nuevos y viejos derechos civiles, políticos y sociales. ●

En todas las elecciones descritas y en la mayoría de los países sudamericanos, la presencia de liderazgos presidenciales que concentran el poder político y hacen una efectiva utilización de los recursos de poder disponibles, permiten comprender en toda su magnitud la perdurabilidad de estos procesos políticos transformadores.

